

singular. Tocaba a primera vista las más difíciles piezas y parecía que poner los dedos sobre el piano, su instrumento favorito, le era del todo superfluo”.

Su fama alcanzó la ciudad de México, capital del virreinato de la Nueva España. En 1791 el virrey Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo, “hombre probo, inteligente, muy adelantado al pensamiento de su tiempo”,<sup>5</sup> lo mandó llamar para escucharlo tocar y comprobar sus dotes musicales. La orden fue cumplida: Elízaga fue llevado a la corte virreinal por sus propios padres.

Bajo la sabia y honesta administración del señor Juan de Güemes y Pacheco, segundo conde de Revillagigedo —dice Alfonso Vázquez Mellado—, México vive un momento estelar de su historia como capital del virreinato de la Nueva España. Es la ciudad más bella, más limpia, más culta, mejor organizada y atendida, mejor iluminada y dotada de servicios municipales, más segura, más tranquila y alegre del Nuevo Continente, y muy posiblemente también, de todo el mundo occidental.<sup>6</sup>

Apenas llegados a México fueron conducidos ante la presencia del virrey, quien los recibió con toda clase de consideraciones, y después de agasajarlos, pidió que el niño ejecutase al piano algunas obras cuya interpretación llenó de asombro a todos en el palacio virreinal, según cuenta el doctor Gabriel Saldívar.<sup>7</sup> Como consecuencia, el conde de Revillagigedo se convirtió en generoso mecenas del pequeño pianista, a quien se inscribió en el Colegio de Infantes de la Catedral de

---

<sup>5</sup> Alfonso Vázquez Mellado. *La Ciudad de los Palacios. Imágenes de cinco siglos*. Ed. Diana, México, 1991, p. 118.

<sup>6</sup> Alfonso Vázquez Mellado, *op cit.*, p. 120.

<sup>7</sup> Gabriel Saldívar, *op. cit.*, p. 7.